

## ALONDRA

Ya no hay alondra que cante en las manos de Federico  
y el silencio grave de su no canto anuncia un alba de  
[ceniza  
y el cielo gris y el asfalto gris y el agosto gris de Madrid  
asfixia las margaritas y las rosas rojas como flores y  
[símbolos  
y no es posible la belleza ni la poesía en esta ciudad  
[incandescente  
Ya no hay vuelo de alondra en nuestros labios  
[ni vértigo de terciopelo en nuestras caricias.  
Nuestra generación seca sus conocimientos bajo la  
urgencia de un futuro apocalíptico  
y el sentido huye por trincheras de fuego y herida  
y en las venas late apagada una tristeza  
[persistente y familiar  
enredada como la hiedra en los cuerpos inmediatos  
Ya no hay nido donde refugiarnos de la incertidumbre  
del paso del tiempo o de la historia  
de la evidente ausencia de dios  
de la nostalgia congénita

de este madrugar para nada este amar para nada  
[este decir para nada este ser para nada  
y cuando la esperanza perdida y mutilada acude  
[arrastrándose a nuestro encuentro,  
huimos  
nómadas a fuerza de desarraigo  
y lloramos el desamparo en público  
[como huérfanos victorianos  
y la desesperanza pudre la primavera exhausta  
[quemando todo lo que tiene pulso  
las corolas  
nuestros contornos  
y toda la piel es ahora tejido cicatricial,  
[translúcido, rugoso  
dormido al tacto a la música  
a la respiración de la persona amada  
a la poesía  
Ya no hay alondra  
y, sin embargo, mi abuela acariciándome el pelo.

## COMENTARIO DE LA AUTORA

Este poema surgió a raíz de una noticia: en agosto de 2022 había vuelto a desaparecer la alondra de bronce de la escultura de Federico García Lorca frente al Teatro Español. Este hecho me pareció casi una puesta en escena de la situación del momento: la alondra, que podía simbolizar la alegría, la esperanza, la belleza, había sido arrebatada de las manos del poeta antes de que pudiera emprender su vuelo.

En ese Madrid asfixiante y gris de agosto no cabían la poesía, las formas puras, las margaritas o la esperanza de las que hablaba Lorca en sus famosos poemas de *Poeta en Nueva York*:

«Cuando se hundieron las formas puras  
bajo el cri cri de las margaritas,  
comprendí que me habían asesinado».

«La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible».

Es imposible librarse de esta desesperanza, encontrar el sentido que nos había sido prometido en esta ciudad, en este capitalismo salvaje, en este mundo casi preapocalíptico. Y, sin embargo, siempre hay algo que nos ancla, algo que nos lleva a una trascendencia aunque sea

efímera, algo que da sentido. Me gustaría decir que es la poesía, pero creo firmemente que es la ternura, aunque, pensándolo mejor, quizá ambas son la misma cosa.

**COMENTARIO DEL EDITOR: ¿POR QUÉ ESTÁ ESTE POEMA EN LA ANTOLOGÍA?**

Todo el poema es una pesimista visión de un mundo que ha agotado la poesía. Los nuevos modos de vida no dejan lugar al vuelo de la alondra, pájaro que simboliza lo bello y que es muy recurrente en la poesía, en Lorca y en muchos otros (la *Alondra de verdad* de Gerardo Diego, el «Alondra de mi casa, / ríete mucho» de las «Nanas de la cebolla» de Miguel Hernández...).

Con brillantes imágenes como la de «la primavera exhausta», la de una piel que es ahora toda «tejido cicatricial» o la «tristeza persistente y familiar» o «nostalgia congénita», el poema nos alerta sobre este mundo aletargado. Y, cuando ya nos ha sumido en la desesperanza, de golpe, en un solo verso, nos recuerda que, aunque ya viejecitas, hay aún semillas de esperanza, aquí la caricia de una abuela. De esta forma, da la razón a Bécquer y su «pero siempre habrá poesía» o a Neruda y su «Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera». Podrá no haber alondras, pero siempre habrá alas. Podrán detener las alas, pero siempre habrá cielo.